



Verdad y Anuncio de la Fe



P^a. Nuestra Sra. Reina del Cielo ✧ Año VI ✧ n^o. 26 ✧ 1 de Abril de 2012

Evangelio de la Pasión según san Marcos (Mc 14, 15 – 47)

«Realmente este hombre era Hijo de Dios.»

Era media mañana cuando lo crucificaron. En el letrero de la acusación estaba escrito: **«El rey de los judíos.»** Crucificaron con él a dos bandidos, uno a su derecha y otro a su izquierda.

Los que pasaban lo injuriaban, meneando la cabeza y diciendo: *«¡Anda!, tú que destruías el templo y lo reconstruías en tres días, sálvate a ti mismo bajando de la cruz.»*

Los sumos sacerdotes con los escribas se burlaban también de él, diciendo: *«A otros ha salvado, y a sí mismo no se puede salvar. Que el Mesías, el rey de Israel, baje ahora de la cruz, para que lo veamos y creamos.»*

También los que estaban crucificados con él lo insultaban.

Al llegar el mediodía, toda la región quedó en tinieblas hasta la media tarde. Y, a la media tarde, Jesús clamó con voz potente: **«Eloí, Eloí, lama sabakthani.»** Que significa: **«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»**

Algunos de los presentes, al oírlo, decían: **«Mira, está llamando a Elías.»** Y uno echó a correr y, empapando una esponja en vinagre, la sujetó a una caña, y le daba de beber, diciendo: **«Dejad, a ver si viene Elías a bajarlo.»**

Y Jesús, dando un fuerte grito, expiró.

El velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo. El centurión, que estaba enfrente, al ver cómo había expirado, dijo:

«Realmente este hombre era Hijo de Dios.»

Contenidos de la Hoja Semanal

- **Evangelio:** De la Pasión según san Marcos (Mc 14, 15 – 47).
- **T. Misionero:** San Antonio González de León. Misionero y mártir.
- **Magisterio:** Vaticano II (DV 21, 25). La S. Escritura en la vida de la Iglesia
- **V. Cristiana:** La esencia del Cristianismo.

San Antonio González de León, misionero y mártir.

Cuando aún no había transcurrido un siglo desde la llegada de san Francisco Javier, llegó a Japón el P. Antonio González de León. Era el año 1636. Había nacido en León hacia 1593. Dominicano. Realizó sus estudios en el convento de Santo Domingo de León, donde fue ordenado sacerdote, para luego pasar al de Piedrahita y ejercer como profesor de teología. El P. Antonio alternaba esta actividad con la predicación. En ese ambiente de estudio, de observancia religiosa y de predicación, nació, creció y se desarrolló en él el deseo de ser misionero y mártir.



Un día escuchó una carta que invitaba a incorporarse a las misiones de Extremo Oriente y, con otros misioneros, embarcó rumbo a Filipinas, llegando a Manila a finales de 1632, con el deseo de incorporarse de inmediato a las misiones del Japón. Después de dedicarse unos años a la docencia y rectorado del colegio de Santo Tomás de Manila –primera universidad católica de oriente–, fue elegido para encabezar el grupo misionero destinado al Japón para suplir las bajas de otros misioneros y animar a los cristianos perseguidos. En junio de 1636 partía con otros dos sacerdotes y dos laicos. El 21 del mismo mes llegaron a Nagasaki.

El P. Antonio llegaba enfermo, lo que no le impidió enfrentarse a un duro interrogatorio de las autoridades, primero, y sufrir después variados tormentos que agudizaron su fiebre de tal forma que tuvieron que llevarle en brazos a la cárcel, donde finalmente murió. Era al amanecer del 24 de septiembre de 1637. Un año largo de martirio por negarse a renegar de su fe y querer predicar la verdad de Jesús. Todos los que habían formado parte de la expedición misionera del P. Antonio fueron igualmente martirizados, decapitados, el 29 de septiembre del mismo año.

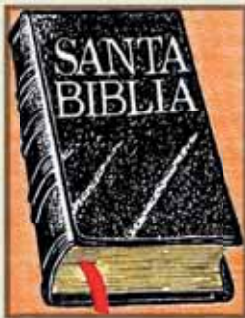
El P. Antonio González de León fue un hombre de oración y de estudio, de observancia, de apostolado y de testimonio. Su celo por defender la justicia y la verdad en su predicación, le ocasionó protestas y denuncias de las autoridades civiles por su valentía y franqueza. Fueron estas virtudes, ejercitadas en grado heroico, las que le llevaron a alcanzar la palma del martirio al amanecer de aquel 24 de septiembre de 1637 y convencieron al Santo Padre Juan Pablo II para añadirle a la lista de los santos en 1987.

Con su testimonio queremos hoy, en esta Hoja Semanal, homenajear a todos los misioneros que han entregado su vida por amor a Jesús y seguir el **«Id por todo el mundo proclamando la buena noticia a toda la humanidad.»**

Vaticano II: (DV, 21, 25). La S. Escritura en la vida de la Iglesia.

La Iglesia venera las Sagradas Escrituras

21. la Iglesia ha venerado siempre las Sagradas Escrituras al igual que el mismo Cuerpo del Señor, no dejando de tomar de la mesa y de distribuir a los fieles el pan de vida, tanto de la palabra de Dios como del Cuerpo de Cristo, sobre todo en la Sagrada Liturgia. Siempre las ha considerado y considera, juntamente con la Sagrada Tradición, *como la regla suprema de su fe, puesto que, inspiradas por Dios y escritas de una vez para siempre, comunican inmutablemente la palabra del mismo Dios, y hacen resonar la voz del Espíritu Santo en las palabras de los Profetas y de los Apóstoles.*



Es necesario, por consiguiente, que toda la predicación eclesiástica, como la misma religión cristiana, se nutra de la Sagrada Escritura, y se rija por ella. *Porque en los sagrados libros el Padre que está en los cielos se dirige con amor a sus hijos y habla con ellos; y es tanta la eficacia que radica en la palabra de Dios, que es, en verdad, apoyo y vigor de la Iglesia, y fortaleza de la fe para sus hijos*, alimento del alma, fuente pura y perenne de la vida espiritual. Muy a propósito se aplican a la Sagrada Escritura estas palabras: "Pues la palabra de Dios es viva y eficaz", "que puede edificar y dar la herencia a todos los que han sido santificados".

25. Es necesario, pues, que todos los clérigos, sobre todo los sacerdotes de Cristo y los demás que como los diáconos y catequistas se dedican legítimamente al ministerio de la palabra, se sumerjan en las Escrituras con asidua lectura y con estudio diligente, para que ninguno de ellos resulte "predicador vacío y superfluo de la palabra de Dios que no la escucha en su interior", *puesto que debe comunicar a los fieles que se le han confiado, sobre todo en la Sagrada Liturgia, las inmensas riquezas de la palabra divina.*

De igual forma el Santo Concilio exhorta con vehemencia *a todos los cristianos en particular a los religiosos, a que aprendan "el sublime conocimiento de Jesucristo", con la lectura frecuente de las divinas Escrituras. "Porque el desconocimiento de las Escrituras es desconocimiento de Cristo".* Lléguese, pues, gustosamente, al mismo sagrado texto, ya por la Sagrada Liturgia, llena del lenguaje de Dios, ya por la lectura espiritual, ya por instituciones aptas para ello, y por otros medios, que con la aprobación o el cuidado de los Pastores de la Iglesia se difunden ahora laudablemente por todas partes. *Pero no olviden que debe acompañar la oración a la lectura de la Sagrada Escritura para que se entable diálogo entre Dios y el hombre; porque "a El hablamos cuando oramos, y a El oímos cuando leemos las palabras divinas.*

Vida Cristiana: La esencia del cristianismo.

Cuando a Jesucristo le preguntaron, qué es lo más importante para un creyente, Él respondió: *"El primer mandamiento de todos es: ... Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu mente, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas. Este es el primer mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo"* (Mc 12, 29-31, Mat 22, 36-40). Estos son los mandamientos más grandes y fundamentales.



"Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado," decía Cristo, despidiéndose de sus discípulos, antes de ir a la muerte en la cruz (Juan 13:34). Sacrificándose a sí mismo para la salvación de las personas, Él, con eso mismo daba a Sus discípulos un ejemplo de este amor: *"Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos"* (Juan 15:13). Estas palabras fueron pronunciadas en la última cena de Cristo con Sus discípulos. Preguntamos: ¿puede acaso haber algo en el mundo más grande que un acto semejante, cuando el hombre se sacrifica a sí mismo para la salvación de sus amigos? Y también preguntamos: ¿existe acaso o puede existir alguna enseñanza, algún mandamiento, más elevado, que este mandamiento de Cristo?

"... Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos... Sed pues, misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso... Bienaventurados los de limpio corazón... bienaventurados los misericordiosos... los mansos de corazón; bienaventurados los que siembran la paz, los pacificadores... bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia..." — tales son mandamientos fundamentales de Cristo (Mat 5, 48; Luc 6, 36; Mat 5, 3-10). En todas partes, en cada renglón del Evangelio — hay un llamamiento a una activa lucha contra el mal: bienaventurados los perseguidos por causa de la verdad, bienaventurados seréis, por predicar el Evangelio. No os entristezcáis, sino que alegraos, si os tocare sufrir por causa de la verdad, por el Evangelio.

Cambiad vuestras convicciones, estimad vuestros valores, viene el tiempo del Nuevo Reino, en donde los valores espirituales no se pueden comparar con los materiales y no se cambian por estos, — he aquí las palabras con las cuales, brevemente, se podrían traducir a nuestro idioma contemporáneo los mandamientos de la Bienaventuranza, que dio Cristo en su predicación. El hombre y su vida, esto es lo que está en el fundamento del Evangelio. ¡El humanitarismo! Por primera vez en la historia de la humanidad el Fundador de la religión, el Hijo de Dios, se llamó a sí mismo Hijo del Hombre. Esto significaba elevar y declarar el valor absoluto de la personalidad humana. En esencia, todo el Evangelio es la enseñanza acerca del Hijo del Hombre y de Sus hermanos. De acuerdo al Evangelio, *cada persona se hace hermano de Cristo, y a través de Él todas las personas se hacen hermanos, miembros de una gran hermandad panhumana.*